

Un amor adolescente

Cualquiera que se haya enamorado perdidamente a los quince años puede comprender lo que siente un aficionado del Barça en estos tiempos. Son días en los que uno se levanta de la cama sin despertarse del todo, como si viviese un sueño permanente. Sonríes al espejo mientras te lavas los dientes, sonrías a la esponja mientras la impregnas de gel, sonrías a tu madre cuando te pregunta si ya has desayunado y sonrías a tu padre, incluso, que se pregunta sin decir palabra a cuenta de qué sonrías tanto, con siete asignaturas suspensas y esas amistades que frecuentas. De repente suena el teléfono y es para ti, así que te encierras con el aparato en la habitación, tensando el cable, mientras el abuelo te advierte desde el pasillo que cuelgues enseguida, no vaya a morirse algún pariente lejano y se encuentren con que comunica.

«Esta tarde no podemos vernos, tengo cosas que hacer», dice ella. Entonces te quedas destrozado sobre la cama, sin saber qué responder y sintiendo cómo todo el castillo de azúcar se derrumba ante tus ojos mientras el abuelo golpea la puerta arriesgando un nuevo infarto de miocardio, que es lo mismo que sucedió en miles de hogares el sábado pasado cuando Cristiano Ronaldo certificó con su gol la inesperada victoria del Real Madrid en el Camp Nou. A los quince años cualquier contrariedad parece el fin del mundo y cuando uno lleva al Barça en el corazón «hoy, mañana y siempre», como Mourinho o un servidor, cualquier derrota te resquebraja el alma y el futuro empieza a parecer incierto, sombrío, lleno de

amenazas que mientras te desembarazabas del pijama, esa misma mañana, ni siquiera podías imaginar.

Así juega el Madrid

Uno cree haberlo visto todo hasta que un miércoles cualquiera, aburrido de conquistar provincias chinas y forjar imperios con la Xbox, enciende la televisión y se encuentra con el Real Madrid aplastando a un equipo indeterminado que, juraría, se trataba del Sevilla, pues lucía uniformes de la marca New Balance, actual proveedor oficial del equipo hispalense e icono puntual de la subcultura hípster. Y digo que creía haberlo visto todo porque, hasta ayer, los aficionados rivales nos llenábamos de razón pregonando que el equipo blanco nunca había jugado a nada, un enemigo común que casi siempre vencía pero jamás nos convencía, como el tirón de orejas de una madre o el novio motero de una hija.

Jugó a algo el Madrid, por fin, y ya fuese por purita impresión o por falta de costumbre, lo cierto es que su exhibición me provocó un ligero ataque de ansiedad, un desasosiego molesto que me obligó a recurrir al vaso de leche caliente espolvoreada con Orfidal para poder conciliar el sueño y no pasarme la noche en vela, comiendo techo. Por buscar el lado bueno de las cosas, ahora comprendo el porqué de la polémica suscitada por Netflix y su campaña publicitaria de «Oh, blanca Navidad»: no se puede frivolarizar con el Real Madrid

ni con el sufrimiento que ha provocado en tantísimas familias, no parece de recibo.

Al final va a resultar que Zinedine Zidane sí sabe lo que se hace, por más que haya tratado de despistarnos ganando la Liga de Campeones, la Supercopa de Europa y el dichoso Mundialito. Desde su llegada al banquillo del primer equipo en sustitución de Rafa Benítez, aquel hombre robusto al que disfrazaron de estrategia romano en una portada de periódico para ensalzar sus virtudes y estilizar su imagen, el francés no ha hecho otra cosa que acumular críticas y acrecentar su leyenda de mal entrenador. El clamor sobre su incapacidad para ostentar el cargo ha sido tal que, incluso Luisito, mito local y actual entrenador del Pontevedra C. F., se despachó a gusto durante el verano anunciando que esta sería la temporada en que todo el mundo descubriese, por fin, las finas costuras que sujetaban el improcedente éxito de este hombre de calva delicada, pantalones ajustados y toneladas de flores en el culo.

Para explicar tanto triunfo, sus censores más acérrimos se han parapetado durante meses tras la única máxima incontestable en el mundo del fútbol: el Real Madrid gana, no se sabe cómo pero gana. La victoria de ayer, convincente tanto en el fondo como en las formas, parece echar por tierra el mito del entrenador pasmado que tan bien cultivaba Zidane y abre un abismo bajo nuestros pies del que nadie alcanza a ver el fondo, ni siquiera el más entusiasta de los madridistas. Los cambios inquietan, al menos en un primer momento, y mientras los hinchas rivales lo fiamos todo al buen hacer de la industria farmacéutica, ahora que el diablo parece jugar a algo, la merengada

se persigna ante la perspectiva de abandonar el único camino conocido hacia la gloria: no jugar a nada y, para los días en que se necesita un milagro, creer en Dios.

Barcelonismo

Como el Barça ganaba tan poco y se respiraba cierta esperanza en que la democracia no duraría, lo cierto es que tardé muchos años en reconocer a todos los vecinos del pueblo con simpatías hacia el mismo club al que yo juraba lealtad en la clandestinidad de mi habitación, agarrado a un pingüino de peluche al que llamaba Migueli y que ejercía como faro, confidente y único testigo de mi atrevimiento. Fueron días de pequeñas alegrías y enormes disgustos que, por esas cosas del amor infantil, me dejaban sin cenar más veces de las que recomendaría cualquier pediatra y terminaron por convertirme en la clase de nieto que las abuelas repudian en público, sin necesidad de dar explicaciones: flaco, desgarrado y con unas ojeras que comenzaron a granjearme fama de drogadicto al poco de que se me cayeran los dientes de leche.

Declararse culé en aquellos tiempos no estaba bien visto en Campelo y todavía recuerdo el día en que mi abuelo echó del bar a su propio cuñado, el tío José, por cantar un gol de Calderé con demasiado entusiasmo. Al día siguiente, en misa de ocho, el padre Loureiro alabó públicamente su rectitud y tachó al tío José de comunista y agitador, con lo que a mí se me quitaron las ganas de

publicitar mis verdaderos sentimientos hasta después de recibir la sagrada comunión, por si acaso. Tampoco es que la espera restara dramatismo al momento de la confesión, y el día que me declaré culé a mi primo Marcos, en la intimidad de un recreo, me rompió un diente de una patada y no volvió a dirigirme la palabra hasta que decidió casarse y apareció por casa repartiendo invitaciones, muchos años después.

Con el asentamiento de las libertades individuales y la llegada de Cruyff, descubrí que había más culés entre mis vecinos de los que jamás había imaginado, casi una docena, y con el paso del tiempo parece haberse invertido aquella tendencia asfixiante y uniformadora, especialmente entre las nuevas generaciones, que ya se pasean por las calles enfundadas en zamarras con los colores del club sin temor alguno a represalias, ni siquiera al qué dirán. Sin embargo, y aunque resulte duro decirlo, el de hoy se me antoja un barcelonismo obsceno e inmaduro que se asemeja demasiado al madridismo interesado que algunos rechazamos durante la infancia por una simple cuestión de principios: no solo importa ganar, nunca importó.

El pasado martes, en un acto de traición innegable y por una cuestión de afectos enfrentados que me llevaría meses explicar, decidí ponerme del lado del Manchester City y celebré los goles de los ingleses como si mi familia fuese la propietaria de La Hacienda y no del Otilio. El gesto me costó el desprecio de los habituales compañeros de barra y partido, que, al desplegarse el cartelón con los minutos de descuento, empezaron a desfilar malhumorados y sin despedirse, confirmando así mi sospecha sobre la ligereza de sus sentimientos más allá del éxito. Y es que

mientras todos arrojaban la toalla, yo me comía las uñas convencido de que el Barça remontaría: si eso no es barcelonismo, yo ya no sé.

El acento gallego

Además de que nos pregunten si llevamos encima algo de cocaína, lo que más suele molestar a los gallegos que visitamos la capital es la machacona referencia a nuestro acento, como si por alguna extraña razón resultase sorprendente que un paisano de Galicia se expresase con una entonación propia de su tierra y no la de Escocia, Noruega o Japón. Por no polemizar, solemos responder levantando un poco los hombros en señal de aparente conformidad pero, en silencio, solemos preguntarnos a qué acento se refiere esa buena gente.

Con alma docente se presentó ayer el Celta en el Bernabéu, alineando a tres chavales de la cantera que simbolizan nuestra amplia oferta de entonaciones, tres ejemplos prácticos de las diferentes variantes musicales con que acostumbramos a decorar otros idiomas. Aceptó la propuesta el Madrid, que alineó a otros dos: Lucas Vázquez, ese bendito *irmandiño* al servicio de la nobleza castellana, y Marcelo. El brasileño es tan gallego como el que más, pero él no lo sabe, muy digna su *muiñeira* en el primer gol aunque le faltase punta y le sobrara tacón.

Iago Aspas es natural de Moaña, un pequeño municipio bañado por la ría de Vigo cuyos habitantes conjugan

en su deje el carnaval y la revuelta, la calma y la tormenta. Juega igual que se expresa, con esa bondad asesina que suele atragantarse a las defensas y espantar a los porteros. Ayer parecía desconectado mientras Casilla y los centrales se preguntaban si iba o venía, si subía o bajaba. Fue entonces cuando el portero sintió la piedra zumbando sobre su cabeza y descubrió la pelota alojada en la red, que es así como se las gastan en la península de O Morrazo, lo mismo para asaltar catedrales del fútbol que para desalojar a un alcalde.

La portería celtiña la defendió un vikingo, un moderno Ragnar Lodbrok con acento de la ría de Arousa y nombre de señorito andaluz. Como todos en Catoira, Sergio Álvarez habla con aire reposado, de coloso recién levantado, y son gente acostumbrada a los desembarcos, de ahí que no se dejen impresionar fácilmente por la artillería rival y mucho menos por la comprada en Portugal al peso. Además, como buen vikingo, tiene Sergio de su parte a los verdaderos dioses y ayer le tocó a Thor truncar un gol cantado de Benzema, enviando la pelota al segundo anfiteatro del Valhalla con un ligero soplido de su martillo.

Desde Agustín, en los ochenta, ningún otro futbolista nacido en Marín había celebrado victorias en la casa blanca. Hugo Mallo, como todos los criados en esa coqueta villa de la ría de Pontevedra, tiene acento de gaita bien afinada, con su chillón, su *punteiro* y su *ronqueta*. La suya es una música compleja que terminó por desesperar a cuantos rivales se acercaron por su banda, incapaces todos ellos de comprender por qué, en su cabeza, no dejaba de repetirse una voz de ultratumba que decía «xente de Marín, tropa do carallo».

Lo cierto es que quizás no sucediese así, al menos no exactamente. Confieso que no pude ver el partido, pero me gusta imaginar a tan distintas voces de mi tierra resonando, otra vez, en las paredes del Bernabéu: algo que no sucedía desde que el acento gallego en el Celta lo ponían Karpin y Mostovoi, aunque a ustedes les pareciera ruso.

Lo que va de Guardiola a Xavi

A los ídolos conviene llevarles la contraria de vez en cuando, aunque solo sea por defenderlos de sus propias afirmaciones. Es lo que nos sucede a algunos culés con Xavi Hernández, tan obcecado en restar méritos al eterno rival que no parece consciente del castigo que se inflige a sí mismo. Y es que, por si alguien no se había dado cuenta, es precisamente el centrocampista de Tarrasa uno de los grandes responsables del último ciclo victorioso del Real Madrid, de un cambio de paradigma que ha desterrado de la plantilla merengue a los Pablo García, Gravesen o Diarra de antaño para sustituirlos por Modric, Isco o Toni Kroos. La sombra proyectada por su fútbol es tan alargada que parece haber inundado la terraza del vecino, el único lugar del planeta donde Xavi se niega a reconocerla.

Desde que Xavi abandonó el fútbol de élite para irse a Catar —todavía con el triplete de Luis Enrique refulgiendo en las pupilas— el aficionado del Barça sueña con verlo conquistar ese vacío rumoroso que se clavó en las

entrañas del Camp Nou tras la marcha de Pep Guardiola. Es un destino al que ya se vio abocado como jugador y que se le presenta de nuevo en el horizonte, esta vez como entrenador, portavoz, director técnico y presidente *in pectore* del club de sus amores. A base de corazón y *pe-lopinas* fue capaz de desterrar esa melancolía de los terrenos de juego; ahora debe demostrar que también puede hacerlo fuera de ellos, una tarea que se presenta titánica si no empieza a corregir el más grosero de los errores: despreciar las verdaderas cualidades del rival.

Si a Xavi le resulta inexplicable que el equipo de Zidane derrotase al PSG la pasada semana, como ha declarado, no se me ocurre mejor motivo para llamar a Houston o a la Seu d'Urgell y anunciar que tenemos un problema. Parece evidente que no fue el mejor partido de la nueva dinastía blanca, pero basta con atender a los nombres alineados por el entrenador francés para comprender a qué juega su Madrid. Bien lo saben la Juventus, el Sevilla, el Atleti y hasta el propio Barça, atropellados en algún partido reciente por ese equipo que cuida la pelota a su manera y te mata al mínimo descuido: el Madrid de Zidane juega y gana, diga lo que diga nuestro adorado Hernández.

Va, de Guardiola a Xavi, un modo diferente de afrontar la misma obsesión: ganar al Madrid, destronar al rey, descabezar al dragón. Al de Santpedor lo acusaron de mear colonia cuando advertía en sus rivales aquellas cualidades que nadie veía, también las de un Real Madrid al que todos nos acostumbramos a dar por muerto menos él, por eso lo mataba casi siempre. Escuchar a Xavi preguntarse cómo lo hicieron, en referencia a la última victoria europea de los blancos, se agradece como ejercicio

de opinión, pero preocupa a quienes vemos en él a la reencarnación del viejo Mesías. Las opiniones son siempre respetables, especialmente las de los mitos vivientes y veteranos de mil batallas, pero también aquellas que se encargan de desmenuzar e incluso parodiar las ajenas.

Ese es el reto futuro que, se me antoja, reserva el destino para don Xavier Hernández Creus: desmenuzar y aprovechar las enseñanzas de Guardiola u ocupar un lugar preferente, eso sí, entre sus otras muchas parodias.

El clásico derbi

Me gusta pensar que soy un tipo de mente abierta, casi un liberal, pero incluso la gente como yo tiene sus líneas rojas, unos límites bien definidos de máxima tolerancia. ¿Se puede saber qué *carallo* es eso de «el clásico»? ¿A cuento de qué? ¿Quién es el responsable de este pretencioso y moderno calificativo, de tanto lirismo? Comprendo perfectamente que, ustedes, orgullosos urbanitas de alma asfaltada y piel de hormigón, necesiten diferentes denominaciones para no confundir un duelo de rivalidad local con todo un Barça-Madrid, pero, queridos míos, las cosas son como son, no como les convenga a ustedes que sean.

Quiero decir con esto que hay batallas perdidas de antemano, guerras que ni siquiera conviene estrenar pues terminarán en el cajón de la ropa de diario, como aquella camisa comprada para la boda de una hermana o los